

La Madre Castillo una mística de la Colonia

Escribe: GERARDO ANDRADE GONZALEZ

(A los 225 años de su muerte ocurrida en el Convento de Santa Clara, Tunja en el año de 1742).

— I —

Si para santa Teresa es el Avila, apartado del regocijo mundano por sus llanuras, y por esas murallas los Gredos del resto de España, el sitio predilecto de recogimiento y mortificación del espíritu y, el eje de: *El camino de la perfección, el libro de las fundadoras y las moradas*; o el antiguo palacio de reyes mexicanos, luego, residencia de la pompa virreinal hispánica en América, es la morada de sor Juana Inés, que con su bulliciosa y regalada vida —entre el galanteo y el donaire mestizo—, trata de torcer su sendero hacia el mundo y que ella se esfuerza por dirigirlo hacia Dios, como nos lo demuestra el hondo contenido de toda su producción literaria, que para el lector menos avezado sería la lírica de la monja de México fruto de una mente profana o dada a los goces terrenales que a la purificación del espíritu, pero que para el analista de la literatura de una época, un período, o una etapa de la cultura humana tanto su poesía que ha dado en llamarse profana como la que se ha considerado como religiosa, ve que ese ropaje a sabor humano oculta una lucha entre la materia y el espíritu en la cual este acaba imponiéndose dejando de ese triunfo ese sabor místico que destila cada verso de la Décima Musa; para la madre Castillo es Tunja, que a pesar de estar subsionada al desenvolvimiento social y cultural del que en otro tiempo fuera el virreinato de la Nueva Granada y hoy Colombia. Este lugar del recogimiento místico de nuestra clarisa, sin embargo, parece estar arrancado de esa misma atracción centrífuga: la vida cultural neogranadina; porque en llegando a Tunja el espíritu deja afuera su equipaje y solo acompañado de la lámpara votiva del sentimiento religioso entra a ese castillo que dio lugar a *Los afectos espirituales* o a los escritos que con el título *Mi vida* nos dejó Francisca Josefa de Castillo.

Y, si bien, los lugares son distintos, las situaciones diversas, y los tiempos distantes, uno mismo es el afán que lleva a Teresa, Juana y Francisca: al corazón de la Ciudad de Dios de que nos habla san Agustín; a la participación de los dolores y sufrimientos de Cristo y a la comprensión de los misterios divinos a través del éxtasis místico o comunicación del alma humana y su Hacedor. Uno mismo es el impulso, el recogimiento y la mortificación para entrar en comunicación con la Eucaristía; y unas mismas las fuentes para ello: los Textos Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, verdaderas vetas de infinito contenido literario y de hondo trasunto divino, pues, ellos no solo nos deleitan sino que purifican nuestro espíritu, y en los cuales han bebido y se alimentan la mayoría de nuestros clásicos de la literatura universal. Y así, nosotros captamos y sentimos que en los escritos de cada uno de estos tres pilares de la mística castellana, alimentados por los Sagrados Textos, la belleza literaria brota purísima a medida que nos vamos adentrando a su lectura y es más, nos vamos contagiando de sabor ascético que nos acerca hacia la Divinidad, cumpliéndose así, ese milagro que los *Afectos espirituales* producen al afectar la sensibilidad literaria menos avisada haciéndola exclamar: ¡ahí hay literatura! Si no ha ocurrido ya el hecho mismo de que el lector se arrodele o se ponga en pie, para dirigir una oración a Dios.

— II —

Antes de continuar con nuestro estudio, y si es que el lector no se mortifica, hemos querido hacer un pequeño paréntesis de mucha utilidad para nosotros, pues bien, debemos manifestar que la avileña se debe en todo al siglo XVI, aquel siglo que ha venido a denominarse: Siglo de oro de las letras españolas, en el cual con fray Luis de Granada, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús forman la trilogía mística de España; así como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Juan Ruiz de Alarcón forman la tetralogía de la dramaturgia española; así como Quevedo y Góngora lo son de la lírica y Cervantes con su *Don Quijote* de la novela. Es el siglo en el que los caballeros se cansan de estar en sus libros de caballerías, para tornarse en caballeros andantes o en santos de capa y espada. Siglo en el cual la casa de Castilla recibe la misión de culturizar a un nuevo continente: la América; y en el que el oro se recoge y se lo comercia como los granos de cacao o de maíz hasta en las villas y comarcas más apartadas del vasto imperio español. Por eso Teresa, tiene un papel importante que cumplir: la reforma de la vida religiosa de las Carmelitas del Avila, que se hallaban contaminadas de las aventuras del siglo.

La monja de México lo es al siglo XVII hispanoamericano, a ese siglo en el cual la literatura española se enriquece (y de hecho la literatura universal), con el rico material que le brinda el descubrimiento de un Nuevo Mundo. Siglo este que afirma la hegemonía hispánica sobre el Viejo Mundo y determina una *política indiana* sin paralelo en los tiempos modernos al afirmar la hispanidad entre las tierras descubiertas por Colón y el suelo de Cervantes. Y en el que, el idioma se engalana con nuevas voces y giros lingüísticos muchos de ellos de puro sabor aborígen creán-

dose así un mestizaje en el idioma. Al siglo XVI y especialmente al XVII pertenecen nuestros cultores del barroco literario; estilo este, venido a bien a un mundo que de hecho le facilitaba todos los instrumentos necesarios, tanto espirituales como materiales, para que floreciera llegando a distinguirse del barroco europeo por su fórmula híbrida hispano-indígena que llegó a absorber todos los campos de la vida social y cultural de la América colonial. Y sor Juana Inés de la Cruz dentro de este siglo vino a ser un caso típico, como excepcional el de su coterráneo: Juan Ruiz de Alarcón que logró ganarse el cielo de España contra viento y marea; así pues, la Décima Musa no solo obtuvo el cielo hispanoamericano sino que se hizo reconocer como una hermana de las nuevas musas de la Magna Grecia.

La madre Castillo por su parte es hija de ese gran siglo denominado de la Ilustración. Siglo que vendrá a transformar la estructura político-económica del mundo y aunque su obra se debe a las primeras décadas del XVIII, no por eso dejamos de ver en ella ya la inconformidad que se experimentará años más tarde entre las diversas clases sociales de la sociedad colonial hispanoamericana, ya por parecerse más directamente allegados nuestros hombres al acervo español, o ya por considerarse más americanos que europeos, y que desembocará a fines del siglo en una lucha a muerte cuyos resultados son la emancipación e independencia de las colonias españolas en América de la metrópoli y la consecuente instauración de gobiernos democráticos allí donde antes mandaba el gobierno absoluto de los reyes. Es este un siglo escaso de valores literarios y, los pocos que produce la América hispana, todos ellos de las postrimerías del XVIII, son más políticos que literatos. De ahí que la monja de Tunja sea uno de los escritores más castizos de este siglo y la prosista de mayor vigor literario de toda nuestra literatura colonial. Siendo su estilo comparable al de santa Teresa o fray Luis de Granada, como nos lo demuestran sus *Afectos espirituales* que reciben su fuente de inspiración en *El cantar de los cantares*.

— III —

La producción poética de la madre Castillo tan escasa como la de santa Teresa es gigantesca desde el punto de vista de su contenido y si bien algunas poesías que se atribuían a la clarisa eran de la monja de México esto demuestra su afecto por sor Juana Inés al jugar con su poesía agregando o suprimiendo algunos versos, ya para darles mayor armonía, ya para asemejarlos más a su espíritu como ocurre con los poemas: *A la Concepción de Nuestra Señora*, *Endechas a la muerte de Nuestro Señor y al Santísimo Sacramento*, que son una transcripción literal de una de las escenas del *Divino Narciso*, pieza teatral de sor Juana o de la unión de dos letrillas dedicadas a san Bernardo, de la misma monja. Idéntico es también, el influjo que recibe de los escritos de santa Teresa al considerarla como su guía espiritual y confidente de la reforma de las costumbres de las clarisas de Tunja, ya con su ejemplo, o ya desde su cargo de abadesa.

Y si la obra de la Décima Musa es muy rica desde el punto de vista literario y artístico la producción poética de Francisca de la Concepción

es semejante a una pequeña joya cuyo valor es imponderable por el sabor místico que de ella brota. Su sentimiento que comienza: *Fénix el alma se abrasa / del Sacramento al ardor...* o el Afecto 45: *Deliquios del Divino amor en el corazón de la criatura, y en las agonías del huerto de los Afectos espirituales*, libro primero, o el Afecto 86: *Villancico al nacimiento del Redentor*, del libro segundo, que vienen a ser comparables con algunas poesías de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, son una muestra más suficiente de la delicadeza y sensibilidad de su espíritu, y una prueba más que suficiente del apego a los clásicos.

En la poesía que comienza: *De la salud la fuente...* y que entramos a analizar, la R. M. Francisca Josefa de la Concepción nos conduce, como pasa con su prosa, a esa fuente de amor inagotable y de sutilísima fragancia espiritual que el alma en continua comunicación con Dios produce la belleza creadora o atracción interior del espíritu hacia el sumo bien: el amor absoluto de que nos habla Platón en sus diálogos.

Primeramente la madre Castillo nos presenta esa fuerza de atracción hacia Dios que su alma experimentaba en busca del perdón por las culpas cometidas y que la encuentra al pie de la Cruz, segundo gran momento de sus afectos, pues, la presencia de Jesús crucificado le da esa confianza y esa entereza de reconocer en aquel diálogo entre el alma atribulada y Dios hecho hombre, las culpas y agravios cometidos de palabra, obra y pensamiento. Es por consiguiente un acto de arrepentimiento en el cual el pecador arrepentido busca en la oración el perdón divino, comprometiéndose a no seguir por las sendas del error. Arrepentimiento que trae consigo solaz respiración al espíritu porque no es Cristo que a través del misterio de la Eucaristía quien viene a fortificar a ese hijo que ha vuelto al hogar paterno; a esa oveja que andaba descarriada y que ahora está entre sus hermanos protegida por el cayado del Buen Pastor (tercer momento). Es que Jesús no solo cuida de sus criaturas presente siempre en el Sagrario, sino que él da al pecador como madre suya a Nuestra Señora, para que le acompañe en su calvario: la lucha entre el bien y el mal. De allí que, la monja de Tunja en un momento de arrebató místico dedique algunas estrofas de su poema: *De la salud la fuente...*, en agradecimiento al Redentor, y concluye su oración no pidiendo, sino exigiendo a ese Dios bondadoso y misericordioso la protección eterna de su alma contra el pecado (cuarto momento).

Tal es, pues, en líneas generales la intensidad espiritual que anima a la madre Castillo a escribir no solamente esta plegaria que copiamos a continuación, sino toda su obra literaria. Que, como la fragancia delicada y sutil de la violeta, contagia al lector de esa mística acercándole al Creador para pedir no el perdón por los agravios cometidos (como se ha dicho anteriormente), sino para compartir con la palabra vida del Evangelio, la sencillez y la plasticidad de la belleza artística y literaria, común en nuestros máximos ascetistas y místicos de la lengua de Castilla.

Ved aquí, lector, la fragancia y el sabor místico que en cada verso vierte la lírica religiosa de nuestra clarisa de Tunja:

(Primer momento) :

*De la salud la fuente
coronada de juncos punzadores,
un corazón ardiente
buscaba triste, y lleno de dolores,
y hablando con la cruz, que atento mira,
así gime, así llora, así suspira:*

(Segundo momento) :

*Señor, yo soy el ciervo
que tan sediento busqué esos raudales;
si te ofendí protervo
ya busco arrepentido de mis males,
y no me he de apartar de tu presencia
sin favor, sin perdón, y sin clemencia.*

*En esa cruz clavado,
arco de paz te hicieron tus finezas,
y pues, enamorado,
así encender pretendes las tibiezas;
que se abrasen las mías, hoy te ruego,
con tu luz, con tu llama, con tu fuego.*

*El Dios de las venganzas,
un tiempo los profetas te llamaron;
mas ya mis esperanzas
desde que hombre te hiciste mejoraron,
pues Dios de amor, te mira en prisiones
sin arco, sin saetas, sin arpones.*

*Ya se acabó la guerra,
no más pecar, Señor, no más, te ofrezco;
vea el cielo y la tierra
que aunque el perdón que pido no merezco,
me lo da tu bondad; y en tanta gloria
la corona, la palma, la victoria.*

*A mi Padre he enojado
por las culpas que ingrata he cometido;
la llaga del costado
me la puedes mostrar, amante herido,
que con su vista no has de ser, espero,
tremendo, riguroso, justiciero.*

(Tercer momento) :

*Y de tu Madre Santa
mira los limpios pechos, mi sagrado;
¿qué daré en dicha tanta,
sabiendo yo por quien me ha perdonado?
Pues se acaban (poniendo allí los ojos)
las iras, los rigores, los enojos.*

*Por sustentarme echaste
el sello de tu amor en una oblea;
tu sangre derramaste,
queriendo que a mi sed bebida sea.
No permitas malogren mis furoros
tus finezas, tus ansias, tus amores.*

(Cuarto momento) :

*Yo cometí el pecado
cual oveja voraz, la más perdida,
pero tú, reducirme a tí procuras,
con ruegos, con piedades, con dulzuras.*

*Pastor y pasto mío,
que me has buscado, sin ahorrar rigores
del invierno en el frío,
y del verano ardiente en los ardores;
no salga yo otra vez, para mi daño,
del redil, del aprisco, del rebaño.*

Poesía de una extraordinaria delicadeza no solo por su sencillez y belleza es el Afecto 86 del libro segundo de los *Afectos*, intitulado: *Villancico al nacimiento del Redentor*, en él percibimos la perfección espiritual y artística de la monja de Tunja. Y es más, a través de sus versos captamos la selectud que la madre Castillo tenía de los cultistas del idioma de Cervantes, tales como Lope de Vega en sus sonetos de tema amoroso y religioso, fray Luis de Granada y fray Luis de León, el primero con su *Introducción del símbolo de la fe* y el segundo con su obra *De los nombres de Cristo*, basamentas del idioma español y artísticas obras del más acrisolado numen de la literatura universal o, en la viva fuente de la Sagrada Biblia, como también en santa Teresa y en san Juan de la Cruz. El *Villancico al nacimiento del Redentor* supera en muchos aspectos a los de sor Juana Inés de la Cruz, no por el pulimento, (cualidad primaria en la monja de México), sino por ese agreste lenguaje que utiliza, que como el agua cristalina, brota del manantial haciendo cabriolas y jugando con los rayos solares para luego regarse por entre el verdor de la campiña o el entreceño de las peñas precipitándose hasta encontrar su cauce. Así, pues, en esta poesía como en toda su obra en prosa y verso, se advierte a primera vista esa fuerza que a semejanza del caudaloso Amazonas cuando nace, nace vigorosa para colocarse al lado de los príncipes de la lírica y de la prosa castellana. Tal es a nuestro entender cada *Afecto* de Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara o cada rasgo del libro autobiográfico: *Mi vida*, en los cuales afloran las imágenes a granel unas veces audaces, otras artísticamente logradas y en fin colmadas de vivencias espirituales y corporales que en su conjunto son el retrato fiel de nuestra máxima escritora colombiana.

A continuación transcribimos el Afecto 86 del libro segundo de los *Afectos espirituales*, para que el lector dé su última palabra.

*Todo el aliño del campo
era un hermoso clavel,
sin que el rigor de la escarcha
pueda quitarle el arder.*

*¿Quién ha visto hermosa flor
tanto abrazar por querer,
lucir acá entre las sombras
todo el cielo en un clavel?*

*Cómo hay sol entre las sombras
venid pastores a ver,
cómo el fuego ya está al yelo,
y el yelo abrasar se ve.*

*Como nace Niño amor
siendo gigante en poder,
rendir tantos albedríos
al fuego de su querer.*

*Como nace por amar,
como muere por querer;
como que tiene en sus manos
como el morir el nacer.*

BIBLIOGRAFIA

- Sor Francisca Josefa de la Concepción: *Afectos espirituales*. Vols. I y II. Bogotá, Editorial A. B. C. 1956. (Biblioteca de autores colombianos).
- Sor Juana Inés de la Cruz: *Obras completas*, Vols. I y II. México, Fondo de cultura económica. 1952. (Biblioteca americana).
- Santa Teresa de Jesús: *Las moradas y poesías místicas*. Barcelona, Editorial Iberia, 1957.